

Filosofando

Surf, bytes y futuro



José Manuel Rodríguez Moral

ECONOMISTA

Desde Platón y Aristóteles hasta San Agustín, todos los filósofos clásicos han venido pensando sobre el tiempo. Sobre su existencia en sí mismo o como secuencia de tiempos. "El pasado ya no es, el futuro todavía no es, y

el presente... ¡ya casi no es!", decían algunos.

Lo cierto es que el mundo actual discurre a una velocidad impensable hace incluso unas pocas décadas y los cambios son permanentes, progresivos y exponenciales. Por ello, nuestras vidas, las de los ciudadanos del primer mundo, se han convertido en un permanente surfear sobre la ola de aquellos cambios. Nuestra estabilidad se reduce a aguantar sobre la tabla y correr la ola que nos toca, para, muy a menudo, caer nos de ella y

esperar a que pase otra nueva ola a la que subiremos. Y en ese surfear de equilibristas, nos conformamos pensando que vivimos seguros y estables.

Cayendo y cayendo, muchos de nosotros acabamos en la orilla, a veces durante más tiempo del deseado, esperando a poder echarnos de nuevo al mar y volver a subirnos a otra ola. Pero esos mares (los mercados, la sociedad, etc.) son cada día más cambiantes e impredecibles. Muchos ciudadanos no volverán a surfear, no encontra-

rán nuevos trabajos en el futuro.

Nuestra sociedad occidental se sustenta en unas estructuras políticas y administrativas casi del siglo XIX. Pensemos en los parlamentos, las leyes electorales, el sistema de partidos políticos y de sindicatos, la burocracia de nuestras variadas y estancas administraciones. Al fin y al cabo, gestionamos nuestra vida política con los mismos esquemas desde *La Pepa*, la constitución de Cádiz de la España de 1812.

Al mismo tiempo, utilizamos y nos regimos por sistemas económicos, mercados financieros, bolsas, relaciones laborales, aranceles, etc., que generan abundantes situaciones de monopolios y oligopolios, todo ello compartimentado por países y áreas. Un marco,

al fin y al cabo, propio del siglo XX.

Mientras todas esas estructuras persisten ancladas en los siglos XIX y XX, el calendario transcurre por el año 2021 y los cambios sociales, tecnológicos y económicos nos sobrepasan. Los ciudadanos individualmente y la sociedad colectivamente hemos de comprender y asimilar los cambios que vienen, aunque no seamos capaces de vislumbrar los detalles de tales cambios. El dato más importante de nuestra ecuación vital es el cambio y la velocidad acelerada del mismo.

Nos enfrentamos a la deslocalización de la producción real de bienes, concentrándose en China y alrededores, con un boom equivalente o paralelo del transporte

y la logística. Boom que choca con el cuidado que necesitaremos para el medio ambiente y el sostenimiento de la naturaleza. Y, en consecuencia, por la propia logística, el transporte y la producción de bienes, así como por el movimiento de las personas, nuestro mundo se enfrenta a una mutación, tan urgente como necesaria, de su modelo energético.

Y, a su vez, se ha producido y se ha disparado, también exponencialmente y sin límites en el futuro, una globalización y democratización de las comunicaciones, las redes sociales y la información en general, simultánea a las nuevas tecnologías y la informática. La información fluye a nivel mundial y es patrimonio de todos los seres humanos, situación que su-

cede incluso con la desinformación. Con el acceso universal a la información y la desinformación, los movimientos migratorios de millones de seres humanos serán también im- parables en el futuro.

El único modo de gestionar socialmente, desde las masas, el mundo que nos viene, diametralmente diferente al actual y del que, paradójicamente, mantene- mos sus arcaicas estructuras, es

Mientras las estructuras políticas y económicas siguen ancladas en los siglos XIX y XX, los cambios sociales nos sobrepasan

volviendo a una mente genera- lista, como so- ciedad. Volver a una eficaz y po- tente educación de los ciudada- nos. Educación antes incluso que formación. Siempre será mejor (y más sa- no mentalmen- te) entender que nuestro mundo es cam- biante y hemos de acomodar- nos, que entender los detalles de cada 'unidad' de cambio. Por ello, repetimos, la educación potente, profunda y bien asentada en va-

lores será la herramienta funda- mental para entendernos con el futuro de nuestro propio mundo y nuestra vida.

En este mundo de la informa- ción, de las redes sociales, la tele- mática, la vida virtual, la gestión online y, por todo ello, de los algo- ritmos que avanzan imparabile- mente y dirigirán nuestras vidas, de nuevos modelos de comercio y de economía que llegan, debe- mos pensar en transformar y ha- cer avanzar en paralelo las restan- tes estructuras, ¿o corsés?, que nos atenazan, para acomodarlas a este siglo XXI.

Y en línea directa con los párra- fos anteriores, expongo aquí las reflexiones que me traslada mi amigo Gonzalo Huerta, diploma- do en inteligencia competitiva,

ADE por la University of Lincoln y PADE del IESE, así como exitoso empresario de ciberseguridad: La información y los datos informa- tizados de esta nueva sociedad nuestra crecen de forma progresi- va y exponencial. La unidad de cuenta de ese tráfico y flujo infor- mático es el byte. Una gran parte del tráfico mundial de tales datos e información es gratuita, aunque siempre beneficia a alguien. Por ello, la única fiscalidad del futuro será el impuesto sobre los bytes, y el sujeto pasivo sería el benefi- ciario del dato.

Difícil implementación, pero futuro irreversible. Las reflexio- nes e ideas de nuestro amigo se me antojan como extraordina- rias y sugerentes. Hay que anti- ciparse. El futuro ya está pasando.